

# LA CAPACIDAD DE ADMIRACIÓN EN LA VIDA Y EN LA ENSEÑANZA DE SAN JOSEMARÍA. NOTAS Y REFLEXIONES

*María Ángeles Vitoria\**

## 1. UNA FACETA HUMANO-DIVINA DE LA PERSONALIDAD DE SAN JOSEMARÍA

La historia de la salvación nos muestra la profusión de recursos a través de los cuales Dios ha buscado la amistad de los hombres. Hasta el final de los tiempos, en un permanente hoy, Cristo sigue interpelando a la humanidad en la Iglesia también de modo multiforme. La voz del Pueblo de Dios no sustituye la voz de la Revelación, la voz de Cristo: Dios mismo sigue hablando a los hombres a través de la Sagrada Escritura, de la Liturgia, del Magisterio, del arte sagrado, del testimonio de los cristianos. En este contexto, la vida y la enseñanza de los santos constituyen un reclamo especialmente luminoso y estimulante<sup>1</sup> para el cristiano en general y para el teólogo en particular, que puede encontrar en la palabra de estos grandes testimonios de la fe una fuente de inspiración para su trabajo<sup>2</sup>.

---

\* Pontificia Universidad de la Santa Cruz.

<sup>1</sup> «Cada santo constituye como un rayo de luz que brota de la Palabra de Dios» (BENEDICTO XVI, Ex. ap. *Verbum Domini*, 30-IX-2010, n. 48). En este número de la Exhortación, entre otros santos, es citado San Josemaría. Resultan también expresivas las palabras del Prefacio I de los Santos: «Porque manifiestas tu gloria en la asamblea de los santos, y, al coronar sus méritos, coronas tu propia obra. Tú nos ofreces el ejemplo de su vida, la ayuda de su intercesión y la participación en su destino, para que, animados por su presencia alentadora, luchemos sin desfallecer en la carrera y alcancemos, como ellos, la corona de gloria que no se marchita, por Cristo, Señor nuestro» (Prefacio I de los Santos).

<sup>2</sup> Cfr. SAN JUAN PABLO II, *Alocución a los participantes en el Simposio teológico de estudio sobre las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, 14-X-1993*, en: M. BELDA – J. ESCUDERO – J.L. ILLANES – P. O'CALLAGHAN (eds.), *Santidad y Mundo. Estudios en torno*

Entre los frutos de santidad que Dios ha querido promover en la Iglesia en el siglo XX, encontramos la figura de San Josemaría. Quienes le han conocido o han leído sus escritos, perciben que su vida y su enseñanza son un gran don del Espíritu Santo a la Iglesia. Su mensaje –como muchos han reconocido– contiene luces y matices relevantes sobre algunos temas del misterio cristiano, en los que subyace, además, una visión del mundo, de la persona humana y de su relación con Dios, que invitan no sólo al teólogo, sino también al filósofo a explorarlos<sup>3</sup>.

Con este trabajo no me propongo presentar o desarrollar un aspecto concreto de su mensaje; tampoco evidenciar el carácter de novedad de alguna de sus enseñanzas. Me limito a ofrecer una breve reflexión sobre uno de los muchos dones que Dios otorgó a San Josemaría<sup>4</sup>, la capacidad de admiración, cualidad que confiere una sensibilidad particular para advertir las dimensiones de verdad y de belleza de la realidad. El Fundador del Opus Dei poseyó en grado muy alto una participación en esta característica que, de algún modo, puede considerarse un atributo divino, aunque no se encuentre entre los enumerados tradicionalmente, como son la Bondad y la Misericordia. En efecto, el libro con el que se abre la Sagrada Escritura recoge desde sus primeros versículos el entusiasmo divino ante su obra. El relato genesíaco lo reitera refiriéndolo a

---

*a las enseñanzas del Beato Josemaría*, Eunsa, Pamplona 1996, p. 19; J. RATZINGER, *Mensaje inaugural del Simposio*, en: *ibidem*, p. 29.

<sup>3</sup> Entre otros temas, pueden mencionarse la llamada universal a la santidad y, por tanto, el sentido vocacional de la existencia humana, la relevancia en la vida espiritual del saberse hijo de Dios por la gracia, el modo de referirse a la santificación del trabajo profesional y de los deberes ordinarios y familiares, la comprensión de la libertad, su concepción de la secularidad, la profundidad con la que entendió y expresó la llamada del cristiano a ser *ipse Christus*, la concepción del matrimonio como vocación cristiana, etc. (cfr. E. BURKHART - J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de Teología espiritual*, vol. 1, Rialp, Madrid, 2010, p. 104-105). Puede decirse también que es el primer santo canonizado por la Iglesia que ha enseñado una auténtica espiritualidad laical, amplia y coherentemente desarrollada. Acerca de este último tema encontramos precedentes sobre diversos puntos, pero no del conjunto (cfr. J. LÓPEZ DÍAZ, *Il contributo di "un'autentica spiritualità laicale" alla Teologia Spirituale*, en: ID (ed.), *San Josemaría e il pensiero teologico*, Edusc, Roma 2014, pp. 317-338)

<sup>4</sup> Así ha quedado recogido al inicio de la oración para la devoción privada a San Josemaría: «Oh Dios, que por la mediación de la Santísima Virgen otorgaste a San Josemaría, sacerdote, *gracias innumerables*, escogiéndole como instrumento fidelísimo para fundar el Opus Dei, camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano [. . .]». La cursiva es mía.

cada realidad creada, hasta alcanzar una expresión superlativa a la vista de su conjunto: «Y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho»<sup>5</sup>.

Desde que conocí a San Josemaría en 1969, y luego de su marcha al Cielo en 1975 a través de numerosos escritos y testimonios personales y filmados, he apreciado siempre su capacidad de hablar a la mente y al corazón juntamente, de movilizar todas las fibras del ser, transmitiendo un entusiasmo profundo por las realidades divinas más altas y por lo cotidiano más común. San Josemaría se refería con sincera admiración a la peculiar habilidad del pueblo japonés para lograr los bonsái, y se pasmaba ante la feracidad de la vegetación brasileña. Elogiaba la pluma vigorosa y aguda de los franceses y se maravillaba al escuchar la explicación de las propiedades del material radioactivo, o de los mecanismos de regulación que tienen sede en el DNA. Con naturalidad, atribuía horizontes insospechados y entusiasmantes a las acciones más prosaicas<sup>6</sup>. Y se embelesaba, sobre todo, ante la grandeza de Dios y de su obrar, de un Dios Creador, Hacedor de todas las maravillas del universo y de la criatura humana; y, más aún se conmovía ante un Dios que perdona y que por amor al hombre ha querido permanecer en la Eucaristía<sup>7</sup>. De modo particular contemplaba con estupor agradecido hasta los más mínimos detalles de esa gran misericordia que Dios había querido promover entre los hombres, el Opus Dei<sup>8</sup>: «Pienso en la Obra y me quedo “abobao”»<sup>9</sup>, escribió en alguna ocasión. Y como un eco de

<sup>5</sup> Gen 1, 31; cfr. Gen 1, 8.10.12.18.21.25.

<sup>6</sup> «Me escribes en la cocina, junto al fogón. Está comenzando la tarde. Hace frío. A tu lado, tu hermana pequeña –la última que ha descubierto la locura divina de vivir a fondo su vocación cristiana– pela patatas. Aparentemente –piensas– su labor es igual que antes. Sin embargo, ¡hay tanta diferencia! –Es verdad: antes “sólo” pelaba patatas; ahora, se está santificando pelando patatas» (*Surco*, n. 498).

<sup>7</sup> Cfr. *Camino*, nn. 309, 432; *Es Cristo que pasa*, nn. 78, 84.

<sup>8</sup> En la *Instrucción* del 19-III-1934 se lee: «La Obra de Dios no la ha imaginado un hombre [...]. Hace muchos años que el Señor la inspiraba a un instrumento inepto y sordo, que la vio por primera vez el día de los Santos Ángeles Custodios, dos de octubre de mil novecientos veintiocho» (nn. 6-7). Citado en: *Camino. Edición crítico-histórica* preparada por P. Rodríguez, Rialp, Madrid 2002, pp. 6-7.

Refiriéndose a la Obra, decía: «No es obra mía, ¡es de Dios, y solamente de Dios!» (testimonio de J. ECHEVARRÍA, citado en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. III, Rialp, Madrid 2003, p. 395).

<sup>9</sup> AGP, biblioteca, Po1, 1999, p. 547 (AGP: Archivo General de la Prelatura del Opus Dei).

esa admiración por lo divino, nacía el entusiasmo por los resultados del trabajo de quienes, al haber sido hechos a imagen y semejanza de Dios –hijos en el Hijo–, dejaban en su obrar la huella del amor paterno<sup>10</sup>.

La capacidad de admiración es una cualidad humana positiva, que la elevación al orden sobrenatural potencia y abre a perspectivas insospechadas, favoreciendo una contemplación amorosa y agradecida de Dios y de sus obras<sup>11</sup>. En el cristiano es también un efecto de los dones del Espíritu Santo, cuyas mociones el Fundador del Opus Dei secundó siempre con gran finura y fidelidad<sup>12</sup>. Lo humano y lo sobrenatural se dieron en él vitalmente unidos, también por la particular percepción y vivencia que tuvo del misterio del Verbo Encarnado<sup>13</sup>. Es difícil por eso

<sup>10</sup> «Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la propia naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo» (*Es Cristo que pasa*, n. 48).

La Sagrada Escritura presenta la creación como efecto de la Palabra pronunciada por Dios, como fruto de su hablar Omnipotente. Como atestiguan numerosos Salmos y otros textos bíblicos (Sal 19; Sab 8 y 13; Sir 42 y 43; Hechos 14, 15-17 y 17, 26-27; Rom 1, 18-20), al ser la palabra transmisora de un mensaje, la creación posee una dimensión dialógica, de modo que el universo está constituido como lugar de diálogo entre Dios y el hombre. «Análogamente, un hijo de Dios, al participar en su poder creador mediante el trabajo y las demás actividades con las que prolonga de algún modo la obra creadora, realiza obras que constituyen “palabras” del diálogo con Él, son expresión del ofrecimiento de la propia vida para su gloria. Se hacen oración cuando imitan el obrar divino, que es un obrar por amor y con perfección» (E. BURKHART – J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de Teología espiritual*, vol. 1, cit., p. 309).

<sup>11</sup> Refiriéndose a las virtudes humanas, afirma San Josemaría: «Si el cristiano lucha por adquirir estas virtudes, su alma se dispone a recibir eficazmente la gracia del Espíritu Santo: y las buenas cualidades humanas se refuerzan por las mociones que el Paráclito pone en su alma. La Tercera Persona de la Trinidad Beatísima –dulce huésped del alma (Secuencia *Veni, Sancte Spiritus*)– regala sus dones: don de sabiduría, de entendimiento, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad, de temor de Dios (cfr. Is XI, 2)» (*Amigos de Dios*, n. 92).

<sup>12</sup> «La tradición cristiana ha resumido la actitud que debemos tener ante el Espíritu Santo en un solo concepto: fidelidad» (*Es Cristo que pasa*, n. 130). Cfr. *Ibidem*, n. 135. Véase Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, 4ª ed., Rialp, Madrid 1993, p. 157; J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, 2ª ed., Rialp, Madrid, 2000, pp. 53, 69, 249-250.

<sup>13</sup> «Ser cristiano significa recoger todas las instancias nobles que hay en lo humano» (*Es Cristo que pasa*, n. 52). El Beato Álvaro del Portillo afirma que «la profunda percepción de la riqueza del Verbo encarnado fue el cimiento sólido de la espiritualidad del Fundador» (*Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, cit., p. 77). Y testimonia también: «Nos enseñó siempre que las virtudes humanas son el fundamento de las sobrenaturales:

–tampoco sería particularmente fecundo– tratar de distinguir la incidencia que pudo tener en la enseñanza y en la conducta de San Josemaría la componente humana de su capacidad de admiración de lo que fue ya fruto de la gracia y de los dones del Espíritu Santo. Lo natural y lo sobrenatural se daban en él en sinergia vital, fecundándose mutuamente.

El primer libro biográfico de cierta extensión sobre San Josemaría se publicó al año siguiente de su fallecimiento. En este escrito queda destacada esta faceta de su personalidad y de su enseñanza: «En su vida y en su doctrina, lo humano y lo divino se funden de tal manera, que no es nada fácil distinguir en muchos momentos si estamos ante un rasgo de su carácter o ante un fruto de la gracia de Dios, que actúa de modo aparentemente natural»<sup>14</sup>.

## 2. CAPACIDAD DE ADMIRACIÓN Y CONOCIMIENTO: UNA SIMBIOSIS HISTÓRICAMENTE FECUNDA

La capacidad de admiración se considera tradicionalmente una disposición básica de todo conocer, del meramente natural y del cristiano. Quien la posee tiene una sensibilidad mayor para descubrir destellos de la verdad y bondad de la realidad, y también para mostrar su atractivo. Me referiré a algunas de sus manifestaciones sin pretender una enumeración exhaustiva de aspectos, y lo haré al hilo de algunos elementos que integran el concepto filosófico clásico de esta cualidad<sup>15</sup>.

Etimológicamente, admiración viene del latín *admiratio*, que significa estupor, sorpresa, un maravillarse que entraña una actitud de veneración y de respeto. Otro verbo latino, *mirari* se tradujo primero por asombrarse, extrañar, admirar, contemplar, antes de pasar a significar finalmente “mi-

---

quienes han tenido la suerte de vivir a su lado han visto realizada en su comportamiento *aquella unidad de vida* que predicaba con tanta pasión» (*Ibidem*, p. 45). Cfr. E. BURKHART – J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza e San Josemaría. Estudio de Teología espiritual*, vol. 2, Rialp, Madrid 2011, pp. 412-424. Véase A. ARANDA, “El bullir de la sangre de Cristo”. *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 2000.

<sup>14</sup> S. BERNAL, *Monseñor Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1976, p. 10.

<sup>15</sup> Sobre algunas manifestaciones de la admiración, puede consultarse M.A. MARTÍ, *La admiración. Saber mirar es saber vivir*, 2ª ed., Eiunsa, Madrid 2000, pp. 37 y 43.

rar". *Admirari* y *mirari*, juntamente, expresan que el hontanar profundo de la admiración no es el simple quedarse estupefactos, pasmados. La verdadera admiración no paraliza, porque es, en definitiva, expresión de la tensión natural humana hacia la verdad. Quien se admira y se pregunta luego, ¿qué es esto?, está en condiciones óptimas para ponerse en marcha y salir al encuentro de la verdad<sup>16</sup>. La admiración tiene que ver con la inteligencia que se extasía ante la verdad al percibir su carácter inefable. Además, por entrañar la esperanza de llegar a conocer lo que se desea, influye también en la voluntad, excitando el amor y el sentimiento<sup>17</sup>.

Platón y Aristóteles, de manera explícita y decidida, ponen en la admiración ante el ser y las cosas del mundo el inicio del conocer filosófico, el motor de la búsqueda de verdad según la razón<sup>18</sup>. Platón, por su parte, considera que la maravilla es el estado de ánimo específico del filósofo<sup>19</sup>, pues se requiere no sólo para comenzar a filosofar, sino como una condición permanente de esta actividad. Y, en ámbito cristiano, es conocida la expresión de San Gregorio de Nisa, «Sólo el estupor conoce»<sup>20</sup>.

Por su parte, la historia del pensamiento testimonia que, en efecto, las grandes mentes creativas, quienes han sacado a la luz nuevos aspectos de la inteligibilidad de lo real, han sido personas que han destacado también por su capacidad de admiración<sup>21</sup>. Es expresivo

<sup>16</sup> Cfr. R. CORAZÓN, *Admiración*, en: A. L. GONZÁLEZ (ed.), *Diccionario de Filosofía*, Eunsá, Pamplona 2010, pp. 31-33.

<sup>17</sup> Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S Th* I-II, q. 38, a. 8. «(La admiración) no es deleitable por ir acompañada de la ignorancia, sino en cuanto encierra el deseo de conocer la causa, y porque admirando se aprende algo nuevo, es decir, que la cosa no es como se pensaba» (*ibidem*, ad 1).

<sup>18</sup> «Los hombres empezaron a filosofar, entonces como hoy, desde la maravilla, quedando admirados primero ante los problemas más simples, y progresando poco a poco hasta plantearse problemas mucho más altos» (ARISTÓTELES, *Met.* I 2, 982 b 14).

<sup>19</sup> Cfr. PLATÓN, *Teeteto*, 155 d.

<sup>20</sup> SAN GREGORIO DE NISA, *Vida de Moisés* (PG 44, 377b); *Homilía XII*, en *Cantica Cantorum* (PG 44, 1028d).

<sup>21</sup> Me refiero no sólo a grandes filósofos como Platón y Aristóteles, y a insignes teólogos o Doctores de la Iglesia como San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Fray Luis de Granada, Santa Teresa de Ávila, San Alfonso María de Ligorio, etc., sino también a los científicos creativos, incluyendo particularmente a los físicos de finales del siglo XIX y comienzos del XX: Einstein, Planck, Heisenberg, De Broglie, Bohr, etc.

en este sentido el conocido comentario de uno de los mayores científicos creativos del siglo XX: «Ante la naturaleza, inconmensurablemente rica y eternamente joven, el hombre, por más que haya progresado en el conocimiento científico, deberá permanecer siempre como un niño asombrado, constantemente preparado para nuevas sorpresas»<sup>22</sup>.

Los mayores protagonistas de la empresa científica moderna han visto en la capacidad de maravillarse ante la Naturaleza una fuerza desencadenante del deseo de comprender, que empuja a penetrar en su conocimiento siempre con mayor profundidad<sup>23</sup>. Heisenberg, después de muchos años de trabajo y de muchas frustraciones, al descubrir la teoría matemática de las partículas elementales, escribió a su hermana comentando que esas relaciones «son un don de Dios que podemos aceptar sólo con humildad. Ni siquiera Platón habría podido creer que fuesen tan bellas»<sup>24</sup>.

En los escritos de Niels Stensen, científico danés del siglo XVII, anatomista e iniciador de algunas ramas de la Geología, encontramos frecuentemente consideraciones que celebran la Sabiduría del Creador y su Amor. Estas frases de admiración resultan todavía más llamativas por ser persona de carácter sereno, exquisitamente atento a las exigencias de rigor del método científico. Después de descubrir en los cristales la ley de la constancia de los ángulos diedros, vibraba de entusiasmo y prorrumplía en exclamaciones: ¡Cómo están bien coordinadas las cosas! Al estudiar el cerebro, se refiere a él como «la más bella obra de arte de la Naturaleza»<sup>25</sup>. Y al describir el trabajo que ha realizado sobre las fibras musculares: «Yo no puedo admirar suficientemente la elegancia de su estructura»<sup>26</sup>. Refiriéndose a los conductos biliares: «Ante todo

<sup>22</sup> M. PLANCK, *Autobiografia scientifica e ultimi saggi*, Einaudi, Torino 1956, p. 128. La traducción es mía.

<sup>23</sup> Cfr. A. EINSTEIN, *Carta a Maurice Solovine*, 30-III-1952, en: A. EINSTEIN, *Opere scelte*, Boringhieri, Torino 1988, p. 740.

<sup>24</sup> W. HEISENBERG, *Inner Exile*, Boston 1984, pp. 143-144, citado en S. CHANDRASEKHAR, *Verità e bellezza. Le ragioni dell'estetica nella scienza*, Garzanti, Milano 1990, p. 50.

<sup>25</sup> N. STENSEN, *Discours sur l'anatomie di cerveau*, en: ID. (NICCOLÒ STENONE), *Opere Scientifiche*, vol. II, Nuova Europa Editrice, Firenze 1986, p. 40. La traducción es mía.

<sup>26</sup> N. STENSEN, *Nova musculorum et cordis fabrica*, en: ID. (NICCOLÒ STENONE), *Opere Scientifiche*, vol. I, Nuova Europa Editrice, Firenze 1986, p. 265. La traducción es mía.

me maravillaba la inserción verdaderamente elegante de los conductos biliares en el intestino»<sup>27</sup>.

Una referencia más, entre las numerosas que podrían darse<sup>28</sup>, es la del físico contemporáneo Carlo Rubbia, refiriéndose a un comentario frecuentemente repetido por él:

«Cuando observamos un fenómeno físico particular, por ejemplo, una noche estrellada, nos sentimos profundamente conmovidos, advertimos dentro de nosotros un mensaje que llega de la Naturaleza, que nos trasciende y nos domina. Esta misma sensación de estupor, de maravilla, de respeto, que cada uno experimenta ante una manifestación natural, el especialista, el investigador que ve el interior de las cosas lo siente de modo todavía más fuerte, mucho más intenso. La belleza de la Naturaleza, vista desde dentro y en sus términos más esenciales, es todavía más perfecta de lo que aparece externamente; el interior de las cosas es todavía más bello que el exterior [...]. Se me despierta la curiosidad y me siento honrado de poder ver estas cosas; también me considero afortunado, porque la Naturaleza es efectivamente un espectáculo que no se agota nunca»<sup>29</sup>.

En el occidente cristiano, donde históricamente nació la ciencia experimental moderna, la capacidad de admiración estuvo poderosamente sostenida y alimentada durante siglos por la doctrina cristiana de la creación. Al afirmar que el universo ha sido creado de la nada libremente por Dios, Omnipotente e infinitamente Sabio, que ha hecho también al hombre a su imagen y semejanza, ofreció el *humus* necesario y el estímulo oportuno para perseverar con esperanza en el estudio de la Naturaleza. Los pioneros de la ciencia moderna se consideraban deudores de esta cosmovisión, que les prestó una ayuda psicológicamente importante para su trabajo<sup>30</sup>. En particular, Niels Stensen afirmaba que, convencido de la Infinita Sabiduría de Dios, que no hace nada inútil o sin motivo, prestó atención a todas las estructuras del cuerpo, llegando a mostrar la naturaleza y función de las glándulas, partes del organismo

<sup>27</sup> N. STENSEN, *Osservationes anatomicae in avibus et cuniculis*, en: *Ibidem*, p. 226.

<sup>28</sup> Una buena antología de textos de científicos de todos los tiempos y de todas las ramas de la ciencia es la de M. BERSANELLI – M. GARGANTINI, *Solo lo stupore conosce. L'avventura della ricerca scientifica*, Biblioteca Universale Rizzoli, Milano 2003.

<sup>29</sup> C. RUBBIA, *Alla ricerca dell'infinitamente piccolo*, Conferencia en el Meeting de Rimini, 29 agosto 1987, en: AA.Vv., *Il libro del Meeting '87*, pp. 223-228; citado en M. BERSANELLI – M. GARGANTINI, *Solo lo stupore conosce*, Rizzoli, Milano 2003, p. 9.

<sup>30</sup> Sobre este tema se encuentran estudios de interés. Remito a uno de ellos: S.L. JAKI, *The Road of Science and the Ways to God*, Scottish Academic Press, Edinburgh 1978.



que sus predecesores habían descuidado por parecerles despreciables o de escaso interés<sup>31</sup>.

### 3. ALGUNAS MANIFESTACIONES DE LA CAPACIDAD DE ADMIRACIÓN EN SAN JOSEMARÍA

Después de haber señalado la incidencia de la capacidad de admiración a lo largo de la historia en diversas orientaciones del conocimiento, es el momento de preguntarnos por la impronta que esta cualidad humano-sobrenatural ha podido dejar en la vida y en la enseñanza de San Josemaría. Sin duda ha debido marcar con acentos particulares su conducta, su mensaje y el modo de expresarlo. Me limitaré a indicar algunos ejemplos.

Puede decirse que, en general, toda la conducta y la enseñanza del Fundador del Opus Dei están señaladas por la capacidad de admiración o por aspectos íntimamente relacionados con ella.

Una nota característica de esta cualidad es el conferir un permanente “aire” de novedad a lo que se vive, se conoce o considera. Quien se admira ve siempre la realidad con “ojos nuevos”. La admiración se opone, por tanto, a la superficialidad y a la rutina, que es su consecuencia.

En la vida de piedad de San Josemaría destaca el deseo eficaz de vivir cada acto con renovado amor y, en consecuencia, manteniendo una lucha vibrante por evitar el acostumbramiento<sup>32</sup>. Donde quizá la capacidad de

---

<sup>31</sup> «[En la Naturaleza] no se ve nada, por minúsculo que sea que no tenga una función, nada tan despreciable que no enseñe o demuestre la Sabiduría del Creador [...]. El arquitecto considera que es un defecto dejar un espacio mínimo inútil, sin una finalidad, en el edificio que él ha construido. ¿Quién podría creer entonces que Aquél a quien los artistas más consumados proponen como modelo a imitar (aunque con éxito desigual), haya construido una obra inútil o haya producido algo sin motivo? ¿Quién no pensará más bien que también en las cosas pequeñas se esconde un arte grandísimo, más aún, maravilloso? Por esto resulta penoso que, entre hombres renombrados, exista quien ha sostenido que muchas estructuras y órganos de los animales se han hecho “para rellenar”, porque no hay nada que repugne más a la mente y al consejo divino que pensar así» (N. STENSEN, *Dissertatio de glandulis oris, et nuper observatis inde prodeuntibus vasis*, & 1, en: ID. (NICCOLÒ STENONE), *Opere Scientifiche*, vol. I, cit., pp. 131-132). La traducción es mía.

<sup>32</sup> Cfr. Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, cit., pp. 125-135 y *passim*; J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, cit., pp. 169-179 y *passim*.

admiración se manifiesta de manera más patente es en el modo de vivir las prácticas habituales, más aún si éstas tienen una estructura repetitiva. En efecto, se requiere gran capacidad de admiración para mantener el asombro ante lo que por su carácter repetitivo resulta más difícilmente llamativo.

De modo particular, la celebración de la Santa Misa y la acción de gracias de la comunión fueron para San Josemaría algo siempre “nuevo”, que vivió con premura de amor y de detalles. Mons. Álvaro del Portillo testimonia que no celebró nunca la Santa Misa rutinariamente: «Muchas veces me confió que, desde su ordenación sacerdotal, se preparaba cada día para celebrar el Santo Sacrificio como si fuese la última vez: el pensamiento de que el Señor podría llamarle a Sí inmediatamente después, le animaba a volcar en la Misa toda la fe y el amor de que era capaz. Así, hasta llegar al 26 de junio de 1975, en que celebró la última Misa con extraordinario fervor»<sup>33</sup>.

Junto con la Eucaristía, otro gran don de Dios para llevar al hombre a la identificación con Cristo es la Sagrada Escritura. Al leer los pasajes bíblicos, San Josemaría no lo hizo nunca como algo ya conocido que simplemente recordaba. Se acercó siempre al Evangelio con devoción y agradecimiento, con el alma abierta para acoger la voz de Dios y secundarla en su vida<sup>34</sup>.

Dice en *Surco*, invitando a vivir lo que personalmente se empeñaba en realizar: «Esos minutos diarios de lectura del Nuevo Testamento, que te aconsejé –metiéndote y participando en el contenido de cada escena, como un protagonista más–, son para que encarnes, para que “cumplas” el Evangelio en tu vida. . . , y para “hacerlo cumplir”»<sup>35</sup>.

Mons. Javier Echevarría testimonia la importancia que daba a la lectura y meditación continua de la Palabra de Dios:

«Leyó hasta el último día de su vida la Sagrada Escritura. Y nos aconsejaba: “leed el Evangelio, vivid el Evangelio, amad el Evangelio, sacad puntos de meditación de la lectura del Evangelio y del Nuevo Testamento; y procurad verter la riqueza de esos

<sup>33</sup> Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, cit., pp. 136-137. Cfr. Forja, nn. 828, 829.

<sup>34</sup> Cfr. J.M. CASCIARO, *La “lectura” de la Biblia en los escritos y en la predicación del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, «Scripta Theologica» 34 (2002) 133-167; F. VARO, *San Josemaría Escrivá, lector de la Sagrada Escritura*, «Romana» 40 (2005) 176-191.

<sup>35</sup> *Surco*, n. 672. Cfr. *Camino*, n. 2; *Forja*, nn. 8, 322, 754; *Es Cristo que pasa*, n. 107.

libros en las vidas de las personas que se acerquen a vuestra dirección o a vuestro trato: que, por vuestro conocimiento de la vida de Dios, se pueda decir con realidad que tratáis a Jesucristo, que amáis a Jesucristo, que imitáis a Jesucristo [...] Si de la lectura de la Sagrada Escritura o de los Evangelios no sacamos consecuencias prácticas para nuestra vida de cada día, es señal de que falta de nuestra parte la atención y el amor debidos, porque esos textos son enseñanzas llenas de vitalidad, de fuerza y de aplicación para todo cristiano que quiera ser coherente con su fe»<sup>36</sup>.

Indudablemente este modo de acercarse a la Sagrada Escritura cada día, una vez y otra, nace de su gran amor a Dios y de su intimidad con el Espíritu Santo, que volcó en su alma infinitos tesoros divinos, y se vio favorecido por su notable capacidad de admiración.

El mismo empeño por evitar la rutina y poner novedad de amor lo encontramos en el rezo del Santo Rosario, la oración mariana por excelencia, dotada de una característica estructura repetitiva.

Al comienzo del opúsculo *Santo Rosario*, en el epígrafe titulado *Al lector*, dice San Josemaría:

«Pero, en el Rosario... ¡decimos siempre lo mismo! –¿Siempre lo mismo? ¿Y no se dicen siempre lo mismo los que se aman?... ¿Acaso no habrá monotonía en tu Rosario, porque en lugar de pronunciar palabras como hombre, emites sonidos como animal, estando tu pensamiento muy lejos de Dios?

–Además, mira: antes de cada decena, se indica el misterio que se va a *contemplar*.

–Tú... ¿has *contemplado* alguna vez estos misterios?»<sup>37</sup>.

En *Surco* encontramos una enseñanza semejante:

«El Rosario no se pronuncia sólo con los labios, mascullando una tras otra las avemarías. Así, musitan las beatas y los beatos. –Para un cristiano, la oración vocal ha de enraizarse en el corazón, de modo que, durante el rezo del Rosario, la mente pueda adentrarse en la contemplación de cada uno de los misterios»<sup>38</sup>.

Y en esa contemplación, San Josemaría, como haciéndose eco de la inefabilidad del misterio, agradecía, adoraba, reparaba, alababa, buscando siempre modos nuevos. Es ilustrativo al respecto el testimonio de Mons. Álvaro del Portillo. Refiriéndose a la devoción a San José del

<sup>36</sup> J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, cit., p.251.

<sup>37</sup> *Santo Rosario*, 39 ed, Rialp, Madrid 1996, pp. 20-21. Cfr. P. RODRÍGUEZ – C. ANCHEL – J. SESÉ, *Edición crítico-histórica de "Santo Rosario"*, Rialp, Madrid 2010, pp. 122-123.

<sup>38</sup> *Surco*, 477.

Fundador del Opus Dei explica que cuando trataba de introducir al Santo Patriarca –ausente ya de esta tierra– en la contemplación de los misterios dolorosos del Rosario, encontró el modo de hacerlo durante un viaje por Brasil en 1974: «“Ya lo he encontrado! ¡Hago sus veces y ya está!””. El Padre se ponía a los pies de la Cruz, en lugar de San José, y se imaginaba lo que el Patriarca le hubiera dicho a Cristo de haber estado a su lado, mientras moría por nosotros: actos de reparación, de dolor, de amor»<sup>39</sup>.

No cedió jamás a la monotonía. La rutina –decía San Josemaría– «ahoga la verdadera piedad, la única piedad»<sup>40</sup>. Por eso pedía a Dios no acostumbrarse, tratar siempre con delicada ternura –con reverencia amorosa– las cosas santas y, concretamente, vibrar con el temblor del primer enamoramiento cada vez que tuviese entre sus manos la Hostia santa.

«Pocos días antes del 26 de junio 1975, asistió a una exposición solemne del Santísimo Sacramento. El sacerdote que oficiaba llevaba ordenado apenas unos meses. Al alzar la custodia y trazar en el aire la señal de la cruz, sus brazos temblaban. La emoción y el peso del Ostensorio explicaban con creces el temblor.

Josemaría Escrivá lo saludó al terminar la ceremonia y le dirigió unas palabras en la sacristía. Le agradeció el cariño y la compostura con la que había llevado a cabo la exposición y le bendijo por el temblor de sus manos. Luego, en voz baja, como confesándose con el sacerdote, le comentó que también sus manos habían temblado en la primera exposición que celebró y la primera vez que tuvo que partir la Hostia consagrada, como exigen las rúbricas al celebrar la Santa Misa. Y añadió que, todavía en aquellos momentos, a esa altura ya de la vida, continuaba con ese temblor reverencial cuando debía tocar la Sagrada Forma»<sup>41</sup>.

No sólo la vida de piedad, toda su conducta estaba impregnada por una caridad penetrada de admiración. En el primer volumen de homilías publicado, escribe: «admitir la rutina, en nuestra conducta ascética, equivale a firmar la partida de defunción del alma contemplativa»<sup>42</sup>.

Es significativo al respecto el testimonio de Mons. Echevarría quien afirma que le oyó decir centenares de veces: «Yo no me he aburrido

<sup>39</sup> Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, cit., pp.161-162.

<sup>40</sup> *Surco*, n. 476.

<sup>41</sup> E. JULIÁ, *El santo de lo ordinario. Impresiones de la vida cotidiana junto a San Josemaría Escrivá*, Cobel, Alicante 2010, p. 36.

<sup>42</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 174.

nunca»<sup>43</sup>. Y también, en el año 1973: «Los que se aburren en esta vida es que no entienden de amor, del Amor con mayúscula»<sup>44</sup>.

La verdadera admiración es asombro humilde, que se manifiesta también en agradecimiento. Otra característica muy destacada en la vida de San Josemaría fue precisamente el ser muy agradecido. Al acercarse el primer aniversario de la marcha al Cielo del Fundador del Opus Dei, su sucesor, Mons. Álvaro del Portillo, escribió en una Carta pastoral dirigida a los miembros del Opus Dei:

«Nuestro Padre fue –¡es!– muy agradecido. En ocasiones comentaba que a Santa Teresa –según decía ella misma– se la conquistaba con una sardina; a mí, añadía nuestro Fundador, me basta con una raspa de sardina. Agradecía todo, todo lo que se hacía por su persona: lo bueno porque era bueno, y lo malo, porque le acercaba más a Dios»<sup>45</sup>.

Consciente de la magnificencia con la que Dios distribuye sus dones, daba gracias también por los beneficios que desconocía, *pro universis beneficiis tuis, etiam ignotis*<sup>46</sup>. Por eso agradeció todo lo que el Espíritu Santo había obrado en su alma desde que recibió el Bautismo. Puede decirse que el agradecimiento fue la tónica de su vida: permeó todos sus pensamientos, vivencias, experiencias, actividades.

«Acostúmbrate a elevar tu corazón a Dios, en acción de gracias, muchas veces al día. –Porque te da esto y lo otro. –Porque te han despreciado. –Porque no tienes lo que necesitas o porque lo tienes.

Porque hizo tan hermosa a su Madre, que es también Madre tuya. –Porque creó el Sol y la Luna y aquel animal y aquella otra planta. –Porque hizo a aquel hombre elocuente y a ti te hizo premioso. . .

Dale gracias por todo, porque todo es bueno»<sup>47</sup>.

Fue el suyo un agradecimiento por el cuidado maternal y paternal de Dios que no se quedó en palabras, sino que fructificó generosamente en obras, realizando en su vida el ideal que propone en un punto de Camino: «que tu agradecimiento se manifieste en un propósito concreto»<sup>48</sup>.

<sup>43</sup> J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, cit., p. 170.

<sup>44</sup> *Ibidem*.

<sup>45</sup> Á. DEL PORTILLO, *Carta pastoral*, 1-VI-1976 (AGP, biblioteca, P17, vol. II, n. 99).

<sup>46</sup> Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, cit., p. 208.

<sup>47</sup> *Camino*, n. 268. Cfr. *ibidem*, 658.

<sup>48</sup> *Camino*, n. 298. Cfr. *Via Crucis*, 5, 2; *Forja*, n. 265.

En la jerarquía de los agradecimientos, ser hijo de Dios<sup>49</sup> ocupaba el primer lugar, más aún, era la fuente de todos los demás: «la mayor muestra de agradecimiento a Dios es amar apasionadamente nuestra condición de hijos suyos»<sup>50</sup>. En consonancia con esta realidad, San Josemaría enseñó que «la filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei»<sup>51</sup>, es decir, de su mensaje<sup>52</sup>.

Otro aspecto relacionado con la capacidad de admiración en sinergia con la caridad es la sensibilidad para percibir detalles que fácilmente podrían quedar inadvertidos<sup>53</sup>. San Josemaría estaba dotado de una facilidad extraordinaria para descubrirlos en el trato con Dios, en la relación con sus hijos y con todos los hombres, y en el cuidado de las cosas materiales y del culto. Mons. Álvaro del Portillo destaca en su testimonio esta característica del Fundador del Opus Dei. «Era maravilloso que un corazón tan grande, un alma que voló tan alto y fue protagonista de formidables empresas, fuera capaz de penetrar con tanta intensidad en lo que, como solía decir, se advierte solamente por las pupilas que ha dilatado el amor»<sup>54</sup>.

San Josemaría miraba a las personas con una admiración penetrada de caridad. «Cada alma es un tesoro maravilloso; cada hombre es único, insustituible. Cada uno vale toda la sangre de Cristo»<sup>55</sup>. Veía a cada una como una joya única, objeto de un amor singular por parte de Dios, un amor no repetido en otra. Y con la profundidad divina de esa mirada «adivinaba, como por corazonada, el estado de ánimo de sus hijos, y hasta las más íntimas desazones»<sup>56</sup>. Tenía «una perspicacia muy por encima de la meramente psicológica para detectar las necesidades, aflicciones y problemas de quienes conocía y trataba»<sup>57</sup>.

<sup>49</sup> «Dale muchas gracias a Jesús, porque por Él, con Él y en Él, tú te puedes llamar hijo de Dios» (*Forja*, 265).

<sup>50</sup> *Forja*, n. 333.

<sup>51</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 64.

<sup>52</sup> Cfr. E. BURKHART – J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, vol. II, cit., pp. 19-159.

<sup>53</sup> Cfr. M.A. MARTÍ, *La admiración*, cit., p. 31. Cfr. Á. DEL PORTILLO, texto citado en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. III, cit., p. 397.

<sup>54</sup> Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, cit., p. 78.

<sup>55</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 80.

<sup>56</sup> Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. III, cit., p. 400.

<sup>57</sup> J. PEÑA VIAL, *Presencia de Dios*, en: J.L. ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría*

Del mismo modo, el rumor y ajetreo propios de la ciudad no le impedían descubrir al caminar por las calles imágenes de la Virgen, a veces poco visibles, que lucían en las fachadas de algunas casas, o saludar con vibración de fe y amor a Jesús sacramentado al divisar una iglesia<sup>58</sup>.

San Josemaría sentía admiración por sus hijos y por muchísimas personas. Por eso aprendía siempre de los demás, y mucho de los santos, a los que leía a través de las luces fundacionales recibidas.

Durante su estancia en Brasil, en 1974, dijo en varias ocasiones que no había ido con intención de enseñar, sino de aprender. «“Llevo cuarenta y ocho horas y ya he aprendido mucho”, les aseguraba. Había descubierto almas encendidas, gente que valía un tesoro delante de Dios, familias que recibían los hijos como un don del Cielo, sin cegar las fuentes de la vida»<sup>59</sup>.

Igualmente, también en 1974, una semana después de haber dejado Ecuador, país en el que por las condiciones enfermedad no pudo realizar las actividades previstas, escribía: «A pesar de que no soy *hombre de altura*, ¡qué bien lo pasé en Quito, y cuánto aprendí de vosotros y de la gente de ese queridísimo país!»<sup>60</sup>.

#### 4. EL MILAGRO, SIGNO QUE SUSCITA ADMIRACIÓN, EN LA ENSEÑANZA DE SAN JOSEMARÍA

Parece conveniente completar estas breves reflexiones con algunas –también breves– referencias a la consideración del milagro en la vida y en la enseñanza de San Josemaría. La acepción bíblico-teológica del milagro lo presenta como signo que suscita asombro. En efecto, por su carácter de prodigio, de evento que trasciende lo que pueden realizar las criaturas, el milagro manifiesta la potencia divina, ejerciendo así una función solicitadora, que invita al hombre a preguntarse por la realidad

---

*Escrivá de Balaguer*, Monte Carmelo, Burgos, 2013, p. 1018.

<sup>58</sup> Cfr. *Camino*, n. 269; A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, Rialp, Madrid 1997, cit., pp. 410-411.

<sup>59</sup> A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. III, cit., pp. 696-697.

<sup>60</sup> Carta a Carlos Manuel Larrea Ribadeneira, citada en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. III, cit., p. 723.

de lo sucedido y abre el camino para tratar de comprender el mensaje que manifiesta<sup>61</sup>.

Cabría pensar que San Josemaría, siempre atento a cada palabra y gesto de Cristo, habrá tenido muy en cuenta en su vida y en su predicación los milagros, que ocupan un espacio significativo en el conjunto de la narración evangélica<sup>62</sup> y son, además, signos con especial virtud para despertar el asombro y el interés por el Autor de tales hechos. Por eso, en un primer momento, ha podido, quizá, sorprender leer en Camino:

«No necesito milagros: me sobra con los que hay en la Escritura. –En cambio, me hace falta tu cumplimiento del deber, tu correspondencia a la gracia»<sup>63</sup>.

César Izquierdo ha hecho un buen estudio sobre la función del milagro en la doctrina de San Josemaría, analizando los textos principales con un enfoque histórico y dogmático– fundamental<sup>64</sup>. Me limito aquí a mencionar los aspectos más directamente relacionados con la capacidad de admiración y la mayor facilidad que confiere para penetrar en la verdad profunda de la realidad natural y sobrenatural.

Ciertamente San Josemaría tiene en gran aprecio los milagros, y se conmueve particularmente ante los signos portentosos realizados por Jesús, que manifiestan su poder misericordioso y su presencia entre los hombres. En su predicación y en sus escritos se hace eco con frecuencia de estos hechos maravillosos<sup>65</sup> y, con la certeza de la fe, sabe además

<sup>61</sup> Una buena monografía sobre el milagro es la de R. LATOURELLE, *Du prodige au miracle*, Bellarmin, Montreal 1995. Cfr. ID., *Miracolo*, en *Dizionario di Teologia Fondamentale*, 1990, pp. 748-771. Cfr. G. TANZELLA-NITTI, *Miracolo*, en *Dizionario Interdisciplinare di Scienza e Fede*, Urbaniana University Press – Città Nuova, Roma 2002, pp. 958-978.

<sup>62</sup> El Nuevo Testamento dedica un espacio significativo a la narración de los milagros realizados por Jesús. En el Evangelio de San Marcos ocupan el 31 % del texto, y llegan al 47 % si se excluyen los seis últimos capítulos que se refieren a la Pasión. Su presencia es también significativa en los Hechos de los Apóstoles, donde se recogen unos treinta milagros y hechos prodigiosos de diversa índole.

<sup>63</sup> *Camino*, n. 362.

<sup>64</sup> Cfr. C. IZQUIERDO, “No necesito milagros”. *La acción de Dios en el mundo y en la vida del cristiano, según el Beato Josemaría*, en J.L. ILLANES (ed.), *El cristiano en el mundo. En el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá (1902-2002)*: XXIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Eunsa, Pamplona 2003, pp. 511-521.

<sup>65</sup> Cfr. Entre otros lugares: *Es Cristo que pasa*, nn. 7, 67, 69, 71, 169; *Amigos de Dios*,



que a través del cristiano –otro Cristo–, Dios puede seguir –y sigue– realizándolos. Dice en *Forja*:

«Nos falta fe. El día en que vivamos esta virtud –confiando en Dios y en su Madre–, seremos valientes y leales. Dios, que es el Dios de siempre, obrará milagros por nuestras manos. –¡Dame, oh Jesús, esa fe, que de verdad deseo! Madre mía y Señora mía, María Santísima, ¡haz que yo crea!»<sup>66</sup>.

¿A qué orden de milagros se refiere San Josemaría?

Algunos autores han introducido en la noción de milagro dos exigencias: ser eventos que acontecen en el orden cósmico y que pueden percibirse con los sentidos<sup>67</sup>. En esta perspectiva, la transubstanciación, por ejemplo, siendo una realidad extraordinaria y trascendente, no se calificaría de milagro en sentido estricto, por escapar a la percepción de los sentidos; se verá preferible decir que es un misterio<sup>68</sup>.

San Josemaría, junto con los milagros de orden sensible, piensa y le interesan muy principalmente en los milagros de la gracia<sup>69</sup>. En sus escritos se refiere a la confesión como «verdadero milagro del Amor de Dios»<sup>70</sup>. Y también habla de la Eucaristía como milagro de Amor

---

nn. 127, 192-197, 262.

<sup>66</sup> *Forja*, n. 235. «Te crecías ante las dificultades del apostolado, orando así: “Señor, Tú eres el de siempre. Dame la fe de aquellos varones que supieron corresponder a tu gracia y que obraron –en tu Nombre– grandes milagros, verdaderos prodigios. . .” –Y concluías: “sé que los harás; pero, también me consta que quieres que se te pidan, que quieres que te busquemos, que llamemos fuertemente a las puertas de tu Corazón”. –Al final, renovaste tu decisión de perseverar en la oración humilde y confiada» (*Forja*, n. 653).

<sup>67</sup> Cfr. F. TAYMANS, *Le miracle, signe du surnaturel*, «Nouvelle Revue Théologique», 77 (1955) 231; E. DHANIS, *Que’est-ce qu’un miracle?* «Gregorianum» 40 (1959) 202; F.H. LE-PARGNEUR, *La nature fonctionnelle du miracle*, «Nouvelle Revue Théologique», 94 (1962) 287.

<sup>68</sup> San Josemaría se refiere a la Eucaristía también como misterio: «Celebramos la Sagrada Eucaristía, el sacrificio sacramental del Cuerpo y de la Sangre del Señor, ese misterio de fe que anuda en sí todos los misterios del Cristianismo» (*Conversaciones*, n. 113).

<sup>69</sup> Al promover la construcción del santuario de Nuestra Señora de Torreciudad como lugar de oración y de penitencia, donde se facilitara a las almas el encuentro con Dios, comentaba: «“No le pediréis milagros externos”; nos dirigiremos a Ella para que haga “muchos milagros internos” (cambios en las almas, conversiones, un mayor trato con el Señor» (testimonio de J. ECHEVARRÍA, citado en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. 3, cit., pp. 671-672).

<sup>70</sup> *Amigos de Dios*, n. 214.

continuamente renovado<sup>71</sup>. Asimismo, de la fraternidad vivida en toda su profundidad, dice también que es un milagro<sup>72</sup>. Cada conversión –en definitiva–, puede considerarse –es– un milagro de la gracia de Dios, pues no resulta posible explicarlo sólo con las leyes de la conducta formuladas por la psicología y la antropología humanas. Para San Josemaría, el milagro de la conversión, aunque no tenga una visibilidad “física”, es mayor aún que los del orden cósmico, porque la orientación moral de las personas no cambia fácilmente<sup>73</sup>.

La noción de milagro que presenta San Josemaría recoge, entonces, los datos de la Escritura, de la Tradición y del Magisterio pero también, en cierto sentido, es más amplia que la bíblica. El Fundador del Opus Dei la extiende incluso al sucederse ordinario de los eventos de la naturaleza y de la vida cotidiana: ante ellos, el hombre que queda maravillado por su grandeza se hace también más capaz de reconocer lo divino.

Como ha señalado Izquierdo, San Josemaría sitúa el milagro dentro del marco general de la Providencia divina, del cuidado amoroso que Dios tiene de cada hombre y del mundo<sup>74</sup>. Existe, en efecto, una Providencia que podemos llamar ordinaria, por la que Dios conduce

---

<sup>71</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, nn. 151-152. «Que no nos acostumbremos a los milagros que se operan en nosotros: a este admirable portento de que el Señor baje cada día a las manos del sacerdote» (*Es Cristo que pasa*, n. 159).

<sup>72</sup> «Paz, verdad, unidad, justicia. ¡Qué difícil parece a veces la tarea de superar las barreras, que impiden la convivencia humana! Y, sin embargo, los cristianos estamos llamados a realizar ese gran milagro de la fraternidad: conseguir, con la gracia de Dios, que los hombres se traten cristianamente, llevando los unos las cargas de los otros (Gal 6,2), viviendo el mandamiento del Amor, que es vínculo de la perfección y resumen de la ley (Cfr. Col 3, 14 y Rom 13, 10)» (*Es Cristo que pasa*, n. 157).

<sup>73</sup> «He predicado constantemente esta posibilidad, sobrenatural y humana, que Nuestro Padre Dios pone en las manos de sus hijos: participar en la Redención operada por Cristo. Me llena de alegría encontrar esta doctrina en los textos de los Padres de la Iglesia. San Gregorio Magno precisa: “los cristianos quitan las serpientes, cuando desarraigan el mal del corazón de los demás con su exhortación al bien. . . La imposición de las manos sobre los enfermos para curarlos, se da cuando se observa que el prójimo se debilita en la práctica del bien y se le ofrece ayuda de mil maneras, robusteciéndole en virtud del ejemplo. Estos milagros son tanto más grandes en cuanto que suceden en el campo espiritual, trayendo la vida no a los cuerpos sino a las almas. También vosotros, si no os abandonáis, podréis obrar estos prodigios, con la ayuda de Dios” (S. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in Evangelia*, 29, 4 (PL 76, 1215-1216)» (*Amigos de Dios*, n. 263).

<sup>74</sup> Cfr. C. IZQUIERDO, “No necesito milagros”. *La acción de Dios en el mundo y en la vida del cristiano, según el Beato Josemaría*, cit., p. 515.

las cosas a su fin a través de su naturaleza y según el curso natural de los eventos. Pero Dios puede intervenir en el mundo –e interviene– además de modo inesperado, con acciones nuevas. Y esas intervenciones sorprendentes de Dios pertenecen también a su Providencia, que abarca la totalidad del orden querido por Dios, es decir, no sólo el plan creador, sino también la economía de la salvación. En esta perspectiva, el milagro, gesto amoroso de Dios con vistas a la salvación, pone de manifiesto las potencialidades de la naturaleza creada, concretamente su capacidad de ser asociada al misterio de la Humanidad de Cristo. Es decir, nos muestra la ordenación –semiológica y ontológica– de la creación a Cristo, al Verbo encarnado<sup>75</sup>.

San Josemaría no sólo ve el milagro dentro de la Providencia divina que comprende el plan de creación-salvación, sino que considera, además, que la misma providencia ordinaria es ya de algún modo “un milagro”: «La providencia ordinaria es un continuo milagro, pero... El pondrá medios extraordinarios, cuando sean precisos»<sup>76</sup>.

El Fundador del Opus Dei mostró tener una gran sensibilidad y un don particular para percibir la mirada y el cuidado amoroso de Dios en todo: en lo ordinario y en lo extraordinario. «No hay situación terrena, por pequeña y corriente que parezca, que no pueda ser ocasión de un encuentro con Cristo y etapa de nuestro camino hacia el Reino de los Cielos»<sup>77</sup>.

Como afirma Izquierdo, el sentido de la afirmación «No necesito milagros», es precisamente éste: para creer en Dios, para encontrar a Dios y descubrir su voluntad, le basta lo ordinario<sup>78</sup>. Dios transita por todos los caminos de los hombres y “habla” en todas las estructuras del universo, desde las del mundo microfísico hasta las de los espacios galácticos.

---

<sup>75</sup> Cfr. G. TANZELLA-NITTI, *Teologia e scienze. Le ragioni di un dialogo*, Paoline, Milano 2003, pp. 118-139.

<sup>76</sup> *Forja*, n. 658. Cfr. *Amigos de Dios*, n. 117.

<sup>77</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 22.

<sup>78</sup> «Repitamos con la palabra y con las obras: Señor, confío en Ti, me basta tu providencia ordinaria, tu ayuda de cada día. No tenemos por qué pedir a Dios grandes milagros. Hemos de suplicar, en cambio, que aumente nuestra fe, que ilumine nuestra inteligencia, que fortalezca nuestra voluntad. Jesús permanece siempre junto a nosotros, y se comporta siempre como quien es» (*Es Cristo que pasa*, n. 160).

El Fundador del Opus Dei escucha la voz de Dios en el curso normal de la naturaleza, en la vida cotidiana y en las acciones comunes de los hombres. Admira la creación y también el trabajo del hombre, la libertad y el amor, cada persona, el designio amoroso de Dios. En todo ello descubre, más que un susurro de la Palabra de Dios, el reclamo fuerte de su Amor. Todo es ocasión y motivo para encontrarse con Cristo. «No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca»<sup>79</sup>.

Su desbordante amor a Dios le llevó, además, a multiplicar activamente y con creatividad los recursos para vivir permanentemente en su presencia. Se trata de “industrias humanas” (imágenes, frases, objetos profanos a los que dotó de algún significado) que le servían de despertadores del amor de Dios y del deseo de corresponderle<sup>80</sup>. Conmueve la lucha de San Josemaría por avivar una presencia de Dios que ya, por don natural y sobrenatural, poseía abundantemente.

«Tanto me enamora la imagen de Cristo rodeado a derecha e izquierda por sus ovejas –dice en *Amigos de Dios*–, que la mandé poner en el oratorio donde habitualmente celebro la Santa Misa; y en otros lugares he hecho grabar, como despertador de la presencia de Dios, las palabras de Jesús: *cognosco oves meas et cognoscunt me meæ* (Jn 10, 14), para que consideremos en todo momento que Él nos reprocha, o nos instruye y nos enseña como el pastor a su grey (Cfr. Si 18, 13). [...] Dios nos quiere santos»<sup>81</sup>.

Basten como ilustración dos testimonios de Mons. Javier Echevarría, entre los muchos que podrían mencionarse:

«Quiso que el oratorio donde solía celebrar la Misa, en Roma, se adornase con cardos y rosas. Desde muy joven, repetía el lema *per aspera ad astra*, que, incluso, utilizó como motivo ornamental. En una oportunidad, al mostrar ese oratorio, comentó: *per aspera ad astra*. Para mí estas palabras han sido siempre un despertador: ¡para llegar al Cielo, hay que sufrir, hay que anonadarse, hay que prescindir del propio yo, dejándonos enteramente a disposición de la Voluntad de la Trinidad Beatísima!»<sup>82</sup>.

«Hizo colocar un mapamundi en una habitación grande de la Sede Central. Figuraban con distinto color los lugares en los que ya se estaba trabajando, y las zonas

<sup>79</sup> *Ibidem*.

<sup>80</sup> Cfr. J. PEÑA VIAL, *Presencia de Dios*, en: J.L. ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, cit., p. 1019.

<sup>81</sup> *Amigos de Dios*, n. 1.

<sup>82</sup> J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, cit., p. 210.

pintadas se iban extendiendo a medida que crecía la expansión apostólica. Quería que fuera un despertador para la oración de los miembros del Consejo General. El Fundador era el primero que se acordaba de que se debía colorear, cuando se comenzaba la labor apostólica de la Obra en una nación»<sup>83</sup>.

De algún modo podemos decir que la capacidad de admiración, junto con otros numerosos dones de orden natural y sobrenatural que Dios concedió a San Josemaría confluyen en su empeño gozoso por descubrir el *quid divinum* que hay detrás de cada cosa y en cada actividad. *Quid divinum* que «es como la impronta que Dios ha dejado en todas las cosas al crearlas en Cristo y para Cristo; una impronta que conlleva una llamada a cooperar libremente con Dios para orientar todo a Cristo»<sup>84</sup>. Se trata, por tanto, de una contemplación fundada en una realidad objetiva, como un adelantarse de Dios a la respuesta de amor del hombre. No es que en las cosas haya algo sobrenatural, sino que el cristiano puede ordenar al fin sobrenatural las actividades que tienen por objeto las realidades terrenas<sup>85</sup>: si toda la realidad humana y la creación entera han sido asumidas por el Verbo encarnado, todo tiene entonces ese sello filial. Por eso, en una homilía pronunciada en 1967 ante un grupo numeroso de personas, invita a descubrir lo que personalmente tiene bien experimentado: «hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir»<sup>86</sup>.

## 5. CONCLUSIÓN

En este breve recorrido por algunos aspectos de la capacidad de admiración de San Josemaría he tratado de poner de manifiesto la intensidad y fuerza de este don humano y sobrenatural que Dios concedió al Fundador del Opus Dei. Y, puesto que dejarse sorprender por la realidad es la actitud requerida para comprenderla, no cabe duda que esta cualidad, unida a la profusión de dones del Espíritu Santo que recibió, dieron a San Josemaría una particular agudeza para adentrarse en el

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 351.

<sup>84</sup> E. BURKHART – J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, vol. 3, Rialp, Madrid 2013, p. 58.

<sup>85</sup> Cfr. *ibidem*, pp. 58-59.

<sup>86</sup> *Conversaciones*, n. 114.

misterio cristiano y para apreciar los dones de la creación, mirándolos con los ojos de Cristo.

La capacidad de admiración del Fundador del Opus Dei imprimió además a su predicación fuerza de novedad y, al sacar a la luz aspectos de la belleza de la doctrina y de la vida cristianas, dio también a su enseñanza un particular atractivo, que removía mente y corazón. En este resultado tuvo su parte el esfuerzo personal por mejorar la expresión y los modos de decir, el empeño por expresarse con claridad y de manera agradable.

San Josemaría se admiraba no sólo de modo teórico. Unía la mirada intelectual-especulativa con la del corazón y la de la razón práctica. «La fe no es para predicarla sólo, sino especialmente para practicarla»<sup>87</sup>. No sólo se sorprende ante la misericordia de un Dios que perdona o rompe en alabanzas de amor a la Santísima Virgen, sino que promueve la construcción de un santuario mariano en Torreciudad con la indicación expresa de que se coloquen en él muchos confesonarios<sup>88</sup>.

Todas estas facetas de su personalidad y de su doctrina ofrecen elementos para comprender que estamos ante un patrimonio de enseñanza y de vida cristianas de gran riqueza, cuya exploración atenta ha comenzado a dar ya frutos abundantes.

---

<sup>87</sup> *Amigos de Dios*, n. 204.

<sup>88</sup> Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. 3, cit., p. 671.